

LA BARCA SIN PESCADOR

Alejandro Casona

Personajes:

ESTELA

FRIDA

LA ABUELA

ENRIQUETA

RICARDO JORDÁN

EL CABALLERO DE NEGRO

Tío MARKO

JUAN

BANQUERO

CONSEJERO 1º

CONSEJERO 2º

Despacho del financiero Ricardo Jordán. Lujo frío. Sobre la mesa, documentos y teléfonos. En las paredes, mapas económicos con franjas de colores, banderitas agrupadas en los grandes mercados y cintas indicadoras de comunicaciones. Una gran esfera terrestre, de trípode. Reloj de péndulo. Invierno.

Enriqueta, sentada. Ricardo acude de mal humor al teléfono que llama desde que se levanta el telón. Mientras él habla, ella retoca su maquillaje.

RICARDO. -¡Hola! ¿Larga distancia...? Sí, sí, diga... Aquí también: otros cuatro enteros en media hora. Pero le repito que no hay ningún motivo de alarma. No, eso nunca; mis órdenes son terminantes y para todos los mercados. ¡Pase lo que pase, comprenden! ¡Nada más! ¡Gracias! *(Cuelga. Mira el ticker que señala la cotización del momento.)*

ENRIQUETA. -¿Siguen las malas noticias? ¿Graves?

RICARDO. - Así parece.

RICARDO. -Peores las he conocido

ENRIQUETA. -Si te limitaras a evitarlo...

RICARDO. -Es lo que he hecho siempre. ¿Voy a acobardarme ahora?

ENRIQUETA. -No se trata de valor, sino de cifras. ¿Cuánto han subido hoy las acciones de la Canadiense?

RICARDO. -Catorce enteros más. Los mismos que hemos bajado nosotros.

ENRIQUETA. -¿Y hasta dónde puedes resistir la baja?

RICARDO. -No me importa el límite, puesto que se trata de una baja provocada artificialmente.

ENRIQUETA. -Es un hombre que te odia. Josué Méndel.

RICARDO. -Josué Méndel... Un aprendiz. Los primeros negocios sucios que hizo en su vida los aprendió conmigo.

ENRIQUETA. -Pero hoy es el gran conductor de la industria y de la banca.

RICARDO. -¿Qué es lo que me aconsejas? ¿Rendirme?

ENRIQUETA. Pactar.

RICARDO. -¿Con Méndel? Nunca. ¿Por qué no me llamaste anoche?

ENRIQUETA. -Estuve cenando en el Claridge... con unas amigas.

RICARDO. -Qué extraño... Nunca me ha gustado el Claridge. Es donde suele reunirse la gente de Méndel.

ENRIQUETA. -¿Qué quieres insinuar...?

(Entra Juan con una bandeja, dos vasos, coctelera y soda.)

JUAN. -Con permiso, señor. Como el señor lleva tres noches sin dormir, me he permitido...; pero con cuidado. ¡Es una fórmula para soñar de pie!

RICARDO. -Gracias Juan.

JUAN *(Dejando la bandeja)*. -El Director del Banco y los Consejeros esperan.

RICARDO. -Que pasen. *(Sale Juan.)*

(Sale Enriqueta. Ricardo la mira ir pensativo. Se sirve un vaso. Juan abre la puerta corredera del fondo, dejando pasar al Director del banco y dos Consejeros.)

RICARDO, BANQUERO, CONSEJEROS 1º y 2º

RICARDO. -Adelante, señores. ¿Algo nuevo?

CONSEJERO 1º. -Demasiadas cosas en poco tiempo. Las cotizaciones han bajado.

RICARDO. -Ya sé. Sin embargo puedo garantizarles que es una falsa alarma.

BANQUERO. -No es una alarma. ¡Es el pánico!

CONSEJERO 1º. -Hay que salvar lo que se pueda, antes que sea tarde.

RICARDO. -En resumen: ¿qué es lo que me proponen?
¿Entregarnos a Méndel?

CONSEJERO 1º. -Hoy todavía estamos a tiempo de pactar. Mañana nos tendrá atados de pies y manos.

RICARDO. -Mientras yo tenga la dirección de la empresa, mi única orden es resistir.

BANQUERO. -En estas condiciones mi Banco no puede arriesgar nuevos créditos. Cuatro mil acciones lanzadas al mercado esta misma mañana son de la señorita Enriqueta. Anoche la vieron cenando con Méndel. En el Claridge.

RICARDO. -¡Mienten! ¿Quién la ha visto?

CONSEJERO 1º. -Yo, señor Director.

CONSEJERO 2º. -Y yo.

RICARDO. -¿Luego también ustedes estaban? Pues no, señores. Yo sabré ponerlo a flote una vez más.

BANQUERO. -Piénselo fríamente. Puede ser la ruina.

RICARDO. -Por mi parte sólo conozco una fórmula de lucha; o todo o nada. Es mi última palabra.

BANQUERO. -Está bien. También nosotros diremos la nuestra. ¡Vamos! *(Salen.)*

RICARDO *(Solo, murmura, entre dientes).* -Cobardes... cobardes... ¡Y ella...! *(Se deja caer abismado en un sillón. Bebe de nuevo en silencio.)*

Rumor de lluvia. Las luces bajan visiblemente mientras se oye un extraño fondo de música, obsesiva y monótona. La puerta corrediza del foro se abre. Sola, lentamente, sin ruido alguno, dando paso al Caballero de Negro. Vuelve a cerrarse a su espalda con un discreto misterio. El Caballero de Negro viste chaqué y trae al brazo su carpeta de negocios. Solamente su sonrisa fría, su nariz rapaz y su barbilla en punta denuncian, bajo la apariencia vulgar, su perdurable personalidad. Avanza en silencio y habla sobre el hombro de Ricardo con cierta solemnidad confidencial.

RICARDO y el CABALLERO DE NEGRO

CABALLERO. -No lo pienses más, Ricardo Jordán. Tu amante te ha traicionado. Tus amigos, también. Estás al borde de la ruina. El único que puede salvarte soy yo. *(Ricardo mira sorprendido a su alrededor y luego al desconocido, como si tardara en darse cuenta.)*

RICARDO *(Se levanta).* -¿Quién es usted?

CABALLERO. -Un viejo amigo. ¿No te acuerdas de mí?

RICARDO. -Creo que he visto esa cara alguna vez... no sé dónde.

CABALLERO. -En un libro de estampas que tenía tu madre, donde se hablaba ingenuamente del cielo y del infierno. ¿Recuerdas?

RICARDO *(Mirándole fijamente. Se restriega los ojos).* Hablemos en serio, por favor... ¿no pretenderá hacerme creer que estoy tratando con... con...?

CABALLERO. -Con el Diablo en persona.

RICARDO. -Basta de bromas estúpidas. O usted se retira ahora mismo o haré que lo pongan en la calle. *(Llamando en voz alta)* -¡Juan...! ¡Juan...!

CABALLERO. -No te canses; mientras yo esté aquí, nadie se moverá ni escuchará tu voz. El tiempo mismo se quedará dormido en los relojes.

RICARDO. -¿Y bien? ¿Puede saberse a qué has venido?

CABALLERO. -He visto tu caso y vengo a proponerte un negocio espiritual.

RICARDO. -¡Tú siempre romántico!

CABALLERO *(Sacando una ficha de su cartera).* -Según la ficha que llevo de tu alma, está ya casi madura para la condenación. Pero todavía le falta un empujoncito: el último. Tu lista está llena de traiciones, bajezas, escándalos y daños. Hasta ahora, sólo un mandamiento te ha detenido: "No matarás". Atrévete a completar tu lista, y yo volveré a tus manos las riendas del poder y del dinero, que acabas de perder.

RICARDO. -No, gracias. Un crimen es demasiado.

CABALLERO. -Calma. No rechaces el negocio sin escuchar las condiciones. El hecho material no me importa. Basta con la intención moral. Pon tú la voluntad de matar, y yo me encargo de lo demás.

RICARDO. -Un negocio con tantas facilidades siempre es sospechoso. La proposición es tentadora. Pero, ¿quién me responde de ti?

CABALLERO. -Nadie lo sabrá. Ni siquiera necesitarás conocer a tu víctima. Puedes elegir un nombre cualquiera en cualquier lugar de la tierra. *(Se levanta; se descalza un guante que deja sobre la mesa, y hace girar la esfera. Después la detiene con el dedo, al azar.)* Una pequeña aldea de pescadores en el Norte. ¿Has estado en el Norte alguna vez?

RICARDO. -Nunca.

CABALLERO. -Mejor. Ahora haz un esfuerzo mental, y sígueme. *(La luz baja más dejando sólo iluminadas las dos figuras junto a la esfera.)* Mira, ya es de noche en la aldea. Ahí tienes a Peter Anderson —un pescador como otro cualquiera—. Sopla un viento fuerte. ¿Lo oyes...? *(Se oye, primero vagamente y después cada vez más próximo, el silbido del viento.)* Peter Anderson acaba de comprarse una barca, y sube alegremente la cuesta.

RICARDO. -¿No es una ilusión mía?

CABALLERO. -No, es que tu alma está ahora allí. Corre un viento capaz de derribar a un hombre. Mañana, cuando lo encuentren en el fondo del acantilado, todo el mundo creerá que fue el viento. *(Pausa. Se oye más fuerte el viento.)* ¿Qué esperas? Un simple esfuerzo de voluntad, y toda la fortuna y el poder volverán de golpe a tus manos. ¿Qué esperas...?

RICARDO *(Baja instintivamente la voz).* -¿Qué tengo que hacer?

CABALLERO *(Poniendo el contrato sobre la mesa).* -Con una firma es bastante. Aquí *(Ricardo moja la pluma y vacila. Crece el rumor del viento. El Caballero de Negro escucha, artísticamente conmovido. Ricardo firma. Entonces, como saliendo de la esfera misma, se oye un grito desgarrador de mujer.)*

GRITO. -¡Peter! *(El viento cesa repentinamente. Silencio absoluto.)*

CABALLERO. -Pobre Peter Anderson...

RICARDO *(Sobrecogido, sin voz).* -¿Ya...?

CABALLERO. -Ya. ¿Ves qué sencillo? *(Guarda el documento.)* En cuanto a tus negocios, pronto recibirás buenas noticias. Enhorabuena. *(Se dispone a salir.)*

(La puerta se abre silenciosamente y sola como cuando entró y se cierra de nuevo tras él. Vuelve la luz normal. Ricardo, obsesionado, contempla en la esfera "el lugar del hecho". Por fin reacciona restregándose los ojos como si despertara. Mira el reloj. El péndulo vuelve a marchar.)

RICARDO. -No puede ser. Aunque lo haya visto con mis propios ojos ¡no puede ser! *(Golpea impaciente el timbre, llamando al mismo tiempo.)* ¡Juan...! ¡Juan...! *(Juan abre la puerta del fondo.)* ¡Detén a ese hombre! ¡Tráelo acá otra vez!

JUAN y RICARDO

JUAN. -¿A quién, señor?

RICARDO. -Un caballero vestido de negro... con una carpeta...

JUAN. -Puedo jurarle que aquí no ha entrado ni salido nadie.

RICARDO. -Ojalá no hubiera sido más que un sueño. Pero lo he visto tan claro...

JUAN. -El señor lleva tres noches sin dormir, tiene trastornados los nervios... y ha bebido dos vasos.

RICARDO. -¿Dos...? ¿Quién te asegura que fui yo el que bebí los dos?

JUAN *(Con los vasos en la mano).* -La señorita habría dejado en el borde una marca de carmín. *(Inquieto.)* ¿Le ocurre algo al señor?

RICARDO. -Nada que tú puedas comprender. Lo que ha ocurrido aquí es un misterio. *(Suena el teléfono.)* Puedes retirarte. *(Sale Juan, meneando la cabeza compasivamente. Ricardo acude al teléfono.)* ¿Hola? Sí, yo mismo; diga... ¿Ya? sí, sí, lo esperaba; pero no tan pronto. Suspendan todas las compras hasta nueva orden. Gracias. *(Entra Enriqueta, radiante.)*

RICARDO y ENRIQUETA

ENRIQUETA. -¡Ricardo! ¡Qué alegría encontrarte solo! He venido corriendo; quería ser la primera en darte la noticia...

RICARDO *(Fríamente)* -¿Que he triunfado? Si no lo supiera ya, me bastaría verte aquí otra vez para comprenderlo.

ENRIQUETA. -¿Te lo han dicho?

RICARDO. -Sí.

ENRIQUETA. -¡Si lo hubieras visto! Ha sido un espectáculo emocionante.

RICARDO. -Gracias, querida; pero con el otro no seas tan impaciente. Abajo tienes el coche, es mi último regalo.

ENRIQUETA. -¿Debo entender que me pones en la calle?

RICARDO. -Te dejo donde te encontré. Mis saludos a Méndel.

DICHOS y CONSEJEROS 1º y 2º (Que aparecen al mismo tiempo por distintas puertas. Después el DIRECTOR del Banco.)

BANQUERO. -Permítame felicitarle. Sólo un cerebro como el suyo podía organizar una jugada así.

RICARDO. -Gracias, señores, gracias. No esperaba menos. *(Sin aceptar la mano que el Director le tiende.)* ¿Y bien? ¿Que vienen a buscar ahora? ¿Todos, heroicamente, a ayudar al vencedor?

CONSEJERO 1º. -Solo tratábamos de aconsejarle.

RICARDO. -No tengan miedo por sus migajas. La rueda de la fortuna está en marcha y nadie puede detenerla ya. Pero ¿habrá bastante dinero en el mundo para borrar esa gota de sangre? Ahora váyanse; quiero estar solo.

(El Director se lleva del brazo a Enriqueta. Van saliendo todos. Vuelve a oírse el viento. Ricardo hace girar la esfera rápidamente.)

RICARDO. -¡Ese viento...! ¡Ese viento...! ¡Si pudiera dejar de oírlo alguna vez...! *(Se deja caer en un asiento. A su alrededor se oyen voces obsesivas que repiten como hablándole al oído.)*

VOCES. -Peter Anderson... ¡Peter...! ¡Peter...! ¡Peter Anderson! *(Se oye nuevamente el grito. La esfera sigue girando.)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Tiempo después en casa de Peter Anderson. Hogar humilde de pescadores en una costa nórdica, con el remo clavado en la puerta y redes colgadas en las barandas. Sobre una repisa pequeños modelos de barcos, unos a medio hacer y otros ya terminados, en botellas o fanales de cristal. Mesa rústica de comedor, alacena con platos y cubiertos, una vieja estufa de hierro o chimenea de leña. A un lado entrada a la cocina; al otro, arranque de escalera y salida al huerto. Por la ventana y puerta del fondo se ve el acantilado, y más lejos la silueta del promontorio sobre el mar. Luz de tarde. La Abuela, sola, tiende la mesa mientras piensa y rezonga en voz alta.

La ABUELA sola. Después, FRIDA.

ABUELA. -Ahora los dos platos. Y los dos cubiertos. Ayer también fueron dos; Cuando éramos tres, la casa se llenaba de voces, y se hablaba de mañana... Desde que hay un plato menos, la mesa es demasiado grande. Falta el plato del hombre, y donde falta el plato del hombre ya no hay risas, ni vino... ni mañana. *(Frida, que ha aparecido en la puerta hace un momento escuchando extrañada, la llama.)*

FRIDA. -Abuela.

ABUELA. -¿Tú?

FRIDA. -Oí la voz desde fuera y no me atrevía a pasar. Creí que estabas con alguien.

ABUELA. -Conmigo misma. ¿Tu marido?

FRIDA. -En casa; trabajando.

ABUELA. - De un tiempo a esta parte Cristián bebe demasiado; ojo con él. ¿Y el niño?

FRIDA. -Está bien.

ABUELA. -Está bien... ¡Eso es todo lo que se te ocurre decir de un hijo!

FRIDA. -Pero, abuela, si lo has visto ayer mismo.

ABUELA. -Podías haberlo traído contigo.

FRIDA. -Pasaba nada más. No sabía si iba a entrar.

ABUELA. -No sería la primera vez que te veo rondar y pasar de largo con la cabeza gacha.

FRIDA. -No es por ti.

ABUELA. -¿Por quién entonces? ¿Por tu hermana?

FRIDA. -¿Está en casa?

ABUELA. -Podando el huerto. ¿La llamo?

FRIDA. -No, deja. Prefiero decírtelo a ti sola. Abuela: la renta de la huerta está sin pagar, y lo único que tienen para responder es la barca. ¿Van a dejarla perder?

ABUELA. -Esa nadie nos la quitará. La defenderemos con uñas y dientes.

FRIDA. -No hay más defensa que una: pagar. Eso es lo que venía a decirte. La barca de Peter está salvada. Si Estela supiera que ese dinero es nuestro, quizá no lo aceptaría.

ABUELA. -Pero entonces... ¿qué me están ocultando las dos? ¿Ha ocurrido algo entre ustedes?

FRIDA. -Ojalá fueran solamente imaginaciones mías. *(Se acerca, confidencial.)* Dime, abuela, ¿Estela no te ha dicho nunca nada?

ABUELA. -¿De quién?

FRIDA. -No sé... De mí... De Cristián...

ABUELA. -¿De tu marido? ¿Qué tiene ella que ver con tu marido?

FRIDA. -Era el compañero de Peter; siempre estaban juntos.

ABUELA. -Compañeros, sí; amigos, no. ¿Por qué recuerdas eso ahora?

FRIDA *(Se aparta)*. -Cosas que se le meten a una en la cabeza. Ya pasó. Lo que te pido es que no lo sepa Estela.

(Aparece en la puerta tío Marko. Tipo de pescador torpón y lento. Trae un barquito de vela y tallas marineras en una canasta de mimbre.)

ABUELA, FRIDA y Tío MARKO

MARKO. -Buenas.

ABUELA. -Apostaría a que no has vendido nada.

MARKO. - Nada. Los forasteros sólo vienen a ver.

FRIDA *(Recogiendo el barquito para llevarlo a la repisa)*. -No es suya la culpa. Ya nadie compra estas cosas como antes. Hoy las fábricas lo hacen todo más barato y te lo ponen en casa.

MARKO. - Vender no vendí. Pero hablar, si hablé.

ABUELA. - ¿Con quién?

MARKO. - No lo conozco. Un pasajero de un barco. Me preguntó: —¿Hace usted esos barcos? —Yo no; la mujer de Peter Anderson. Al oír ese nombre, cambió de color, y hasta me pareció que le temblaran los labios así como si hiciera frío. Repitió dos veces en voz baja: "Peter Anderson... Peter Anderson..."

FRIDA. - Qué extraño... ¿y después?

MARKO. - Después señaló hacia acá, y me dijo: "La casa es aquella, al final de la cuesta, ¿verdad?" Sí, señor; aquella. Entonces volvió a quedarse callado, mirando... Y eso fue todo.

ABUELA. - ¿Y eso fue todo? ¿De modo que llega un hombre que viene de otras tierras, que ha conocido a Peter, que pregunta por su casa... y ahí lo dejas sin más, como si fuera el pan de cada día? (Llama a gritos.) ¡Estela...! ¡Estela!

FRIDA *(Disponiéndose a salir para evitar el encuentro)*. -Adiós, abuela...

ABUELA. -¡Quieta!

(Estela aparece en la puerta y detiene imperativa a la hermana.)

ESTELA. -¿Te ibas porque llego yo?

FRIDA. -Se me ha hecho tarde.

(Estela deja rastrillo y podadera, y dispone sobre la mesa un brazado de ramas verdes.)

ABUELA. - Imagínate que ha llegado al puerto un amigo de Peter preguntando por la casa, y aquí nos tienes sin saber quién es, ni qué quiere, ni por qué ha venido, ni adónde va.

ESTELA. -¿De dónde viene?

ABUELA. -¿De dónde va a venir? Del sur. Llegó en el barco.

ESTELA *(Pensativa)*. -Puede ser. Peter había navegado por los cuatro rumbos del mar; y todos los que lo conocieron lo querían.

ABUELA. -¿La estás oyendo? ¿Qué esperas que no corras a buscar a ese hombre?

ESTELA. -Ve. La casa de Peter Anderson siempre estuvo abierta para sus amigos. *(Sale Marko.)*

ABUELA *(Pajarea impaciente).* -¡Hay que arreglar bien todo! ¡Hay que encender el fuego! ¡Hay que sacar brillo a los cobres! *(Deteniéndose ante Frida.)* Espera... ¿Qué me encargaste que no le dijera a tu hermana? Ah, sí; lo de la renta. ¡Ella pagó las cincuenta coronas!

ESTELA y FRIDA

ESTELA. -¿Por qué lo has hecho? Cien veces te he dicho que quiero sostener mi casa yo sola.

FRIDA. -Cristián no lo sabe. Son ahorros míos. ¿Vas a hacerme la ofensa de tirármelo a la cara?

ESTELA. -No, Frida. Te lo devolveré con el mismo amor con que me lo has traído. Eso es todo. Gracias. *(Descuelga una red que tiende sobre sus rodillas y se sienta a coserla.)*

FRIDA. -Muchas en el pueblo pasaron antes lo que pasas tú, y supieron resistir. Hay que respetar la voluntad de Dios.

ESTELA. -La muerte de Peter no la quiso Dios. No fue un golpe de viento lo que lo empujó al despeñadero. Fue una mano de hombre.

FRIDA. -¿Sigues pensando que hubo un culpable?

ESTELA. -Yo lo vi desde esa ventana. Pero de nada me sirvió gritar. Lo vi lanzarse contra él a traición, y desaparecer luego en la noche.

FRIDA. -Pudo ser un engaño de tus ojos.

ESTELA. -Era un hombre; eso es lo único que sé. *(Suspende su labor y queda con los ojos fijos.)* ¿Pero, quién...? *(Pausa. Sigue cosiendo.)*

FRIDA. -Comprendo que te apartes de todos. ¿Pero de mí, por qué?

ESTELA. - Quiero vivir clavada aquí, como ese remo. Lo poco que me queda, todo está aquí dentro. Tú tienes familia.

FRIDA. -Parece que ver felices a otros aumentara tu desgracia.

ESTELA. -Si estuviera en mi mano aliviar este dolor a costa de uno tuyo, antes me cortarían la mano que hacerte daño.

FRIDA. -Entonces, si no tienes nada contra mí, ¿por qué te niegas a poner los pies en mi casa? *(Se acerca más.)* ¿Es por Cristián? *(Hay una pausa tensa.)* Contesta.

ESTELA. -Dejemos eso en paz. Son cosas pasadas.

FRIDA. -Tú siempre has creído que mi marido odiaba al tuyo.

ESTELA. -Odio, no sé; rivalidad, sí. Sin que ellos lo buscasen, la vida los puso frente a frente muchas veces. Los dos soñaban con la misma barca; los dos trabajaban día y noche para conseguirla. La tuvo el que trabajó más y el que más la necesitaba. Ese día riñeron por última vez... pero ya no volvieron a abrazarse. *(Hondamente.)* Fue la noche en que murió Peter.

FRIDA. -¿Y es bastante una pelea de amigos para justificar una separación así? ¿Puedes acusar a Cristián de algo más?

ESTELA. -Estate tranquila. No tengo nada contra Cristián, nada... *(Con voz contenida.)* Si algo tuviera, me bastaría pensar en ti y en tu hijo para callar.

FRIDA *(Sobrecogida de pronto, la mira intensamente).* -¡Estela! ¿Te das cuenta de lo que acabas de decir? *(Queda rígida, repitiendo sin voz, como ante una revelación imposible).* ¡Es él... él...! ¿Y es mi propia hermana la que ha podido pensarlo? *(Frida se sienta pesadamente, sin lágrimas, con los ojos perdidos. Estela se arrodilla junto a ella refugiándose en su regazo.)*

ESTELA. -Perdóname, Frida. Te juro que tampoco yo quisiera creerlo; que daría toda mi vida por no creerlo. ¡Pero es más fuerte que yo!

FRIDA. -¡Basta! No puedo oírte más. *(Se levanta.)* Algo muy hondo se ha roto hoy entre las dos.

ESTELA. -No te vayas así. Espera.

FRIDA. -¿Qué más puedo esperar? Cuando salí de casa dejé allí a un hombre que era toda mi fe y al que podía besar con la risa en la boca. Ahora vuelvo con un silencio triste. ¿Y eres tú la que se cortarías la mano antes de hacerme daño? Me has hecho el peor que podías hacerme. *(Sale ahogada en sollozos. Ha caído la tarde. Estela llora de rodillas. Hay una pausa larga. Estela enciende la lámpara. Vuelve la Abuela, secándose las manos.)*

ESTELA y la ABUELA

ABUELA. -¿Por qué no te arreglas un poco?

ESTELA. -¿Para quién voy a arreglarme? ¿No te parezco bien así?

ABUELA. -No digo eso. Pero los hombres en todo se fijan; y más los forasteros, que traen los ojos nuevos. *(Limpia y arregla todo lo que encuentra a mano.)* Después de tanta soledad, ¡pensar que va a entrar por esa puerta un hombre! *(Escuchando nerviosa).* Silencio... ¡Ahí está... ahí está!... *(Con un rezago de instinto se arranca el delantal y se arregla los cabellos grises. Entra Tío Marko, conduciendo a Ricardo.)*

DICHOS, TÍO MARKO y RICARDO

MARKO. -Estela Anderson... La abuela... *(Se saludan sin palabras).* Él no sé cómo se llama.

RICARDO *(Avanza cohibido).*-Jordán. Ricardo Jordán. *(Se miran en silencio. Pausa. Ricardo contempla con emoción la casa.)*

MARKO. -Buenas. *(Volviéndose a la abuela, más fuerte.)* ¡Noches! *(Sale.)*

ESTELA, la ABUELA y RICARDO

ESTELA. -No recuerdo haber oído ese nombre. ¿Fue usted amigo suyo?

RICARDO. -Amigos no es la palabra. Le conocí sólo un momento, hace tiempo. Pero fue algo tan importante en mi vida que no podré olvidarlo nunca.

ABUELA. -¿Cómo puede recordarle tanto si le conoció sólo un momento?

RICARDO. -Hay momentos que valen una vida; aquel fue uno. Mi fortuna o mi desgracia dependían de una firma, y el nombre de Peter Anderson lo decidió todo. Lo cierto es que todo lo que tengo se lo debo. Y si aún fuera posible, todo me parecería poco para pagar aquella deuda.

ESTELA. -Gracias por el buen recuerdo. Pero lo que falta en esta casa, no hay dinero que pueda pagarlo.

ABUELA. -Pues con haber venido ya nos ha pagado de sobra. ¿Qué habría dicho Peter si estuviera aquí?

ESTELA. -Sólo tenía una frase para los que llegaban a él: esta es mi mesa, este es mi tabaco, esta es mi casa. Suyos son.

RICARDO (*La mira emocionado, con respeto*). -Gracias... señora.

ABUELA. -¿Cuándo vuelve a salir el barco?

RICARDO. -Mañana, al amanecer.

ABUELA. -¿Tan pronto? ¿Pero esta noche cenará con nosotras, verdad? ¿Quiere beber algo? En menos de un credo está lista la cena.

RICARDO. -No se preocupe por mí. Muchas gracias.

ABUELA. -¿A mí? ¿Gracias a mí? A usted habría que dárselas, hombre de Dios, aunque sólo sea una noche. Pon el otro plato, Estela. (*Sale feliz. Ricardo la mira ir embelesado. Estela en silencio pone el otro plato.*)

ESTELA y RICARDO

RICARDO. -Tío Marko me dijo que usted también trabaja.

ESTELA. -No es ninguna maldición. ¿Qué haría si no?

RICARDO. -¿Hacía ese trabajo antes?

ESTELA. -Antes no era necesario.

RICARDO. -¿Por qué se niega a aceptar mi ayuda?

ESTELA. -Mi trabajo me ayuda a recordar. (*Pausa.*) Parece que no es usted muy feliz con su fortuna.

RICARDO. -¿Para qué me sirve? Ni puedo ahorrar con ella una fatiga de mujer, ni comprar una hora de sueño tranquilo.

ESTELA. -¿Tiene algo que olvidar?

RICARDO. -Ojalá pudiera... Es tan poco lo que necesito... y tan difícil de encontrar.

ESTELA. -¿Descanso?

RICARDO. -Descanso. Quién sabe si no está aquí la paz que ando buscando. Me gustaría perder ese barco mañana y aguardar aquí el regreso.

ESTELA (*Lo mira pensativa*). -¿Cuánto tarda en regresar su barco?

RICARDO. -Un par de semanas.

ESTELA (*Desvía los ojos*). -Si le basta una mesa de pino y una ventana al mar... arriba hay una habitación vacía.

RICARDO. -¿En esta casa? ¿Y es usted, Estela Anderson, la que me ofrece su techo?

ESTELA. -Siempre procuro hacer lo que hubiera hecho él. ¿Por qué baja los ojos?

RICARDO. -No sé... la falta de costumbre. Vengo de un mundo donde todo se hace por dinero; hasta el más cobarde de los crímenes. Sé que su barca es la más hermosa del pueblo y que muchos serían felices de poder comprarla.

ESTELA. -Antes pediría mi pan por los caminos que vender esa barca. Sería como venderlo a él.

RICARDO. -Conozco la historia. Peter la compró el mismo día que murió.

ESTELA. -Qué fácil es decir: "la compró". Una sola palabra y ya está. ¡Pero cuántos días de fatiga y cuántas noches sin sueño hasta llegar ahí! Por fin llegó el gran día. Peter bajó al puerto, feliz. Yo lo esperaba detrás de esos cristales, con alegría en las venas. Desde lejos le sentí venir; al doblar la cuesta, levantó la mano para saludarme... y de repente, ahí mismo, delante de mis ojos... (*Se le rompe la voz.*) ¡No! No pudo ser la voluntad de Dios. (*Se domina con esfuerzo.*) Disculpe. (*Vuelve la abuela con la hogaza y la fuente de pescado.*)

ESTELA, RICARDO y la ABUELA

ABUELA. -¡A la mesa, que se enfría! ¿Tardé mucho, verdad? No sé qué me pasa hoy que todo se me salta de las manos. Me hubiera gustado ponerle una rodaja de limón, pero, sí, sí, limones aquí... Claro que con dos gotas de vinagre y una hoja de menta es casi lo mismo. La hogaza es de trigo, y tierna, tierna, recién traída; el pan de casa está bien para los otros días. *(Señalando a Ricardo la cabecera.)* Aquí. El sitio del hombre es este. Así. *(Se sientan los tres.)*

ESTELA *(Tendiéndole el cuchillo).* -¿Quiere partir? Aquí siempre es el hombre el que parte el pan y bendice la mesa.

RICARDO. -Gracias. Partiré el pan. En cuanto a la oración, por mucho que quisiera no sabría encontrar las palabras. *(Corta el pan, que ofrece primero a la Abuela y después a Estela. Se oye un Coro lejano de voces viriles que se acerca cantando la canción de Peter con acompañamiento de acordeón. Ricardo deja caer el cuchillo. Estela cripa la mano sobre el mantel para dominarse.)*

ESTELA. -Esa ventana, abuela... esa ventana... *(La Abuela cierra las maderas. Sigue oyéndose la canción más apagada.)*

ABUELA. -Son los muchachos que van de ronda. Qué saben ellos lo que cantan... *(Se sienta de nuevo.)*

ESTELA. -Señor: bendice en el bosque el hacha del leñador. Bendice en el mar las redes del pescador. Haz que no falten en nuestra mesa el pan y los peces, como lo hizo tu hijo en la montaña del milagro. Danos la paz en el trabajo y en el sueño. Y si a alguien hemos hecho mal, perdónanos Señor, así como nosotros perdonamos... *(Respira hondo.)* Así como nosotros perdonamos... *(Solloza angustiada sobre el mantel.)* ¡No! ¡Es mentira! ¡Yo no he perdonado! ¡No puedo perdonar!...

TELÓN

ACTO TERCERO

En el mismo lugar. Dos semanas después. Tarde clara de sol. Tío Marko, silbando entre dientes mezcla el polvo y la cola en un bote de pintura, probándolo después en una tabla. Entra del huerto la Abuela con una fuente de legumbres verdes.

La ABUELA y Tío MARKO

MARKO. -¿Ya empezó la cosecha?

ABUELA. -Los primeros guisantes de la temporada, menudos y tiernos como gotas de miel. *(Pausa. Ella desgrana, él contempla un barquito de madera blanca, sin terminar.)* ¿Vas a pintar?

MARKO. -No: éste lo empezó el señor Jordán y quiere terminarlo él mismo antes de despedirse.

ABUELA. -No hables de despedidas. Ya llegará la hora sin que la llames. ¿Cuándo sale el barco?

MARKO. -Anochecido.

ABUELA. -¿Tan pronto?

MARKO. -Le ha tomado cariño a su huésped. ¿Eh?

ABUELA. -¿Y quién no? Todos en el pueblo son amigos suyos; para todos tiene buena palabra. Y luego, siempre de humor; y tan llano con todos. ¡Con el mundo que ha visto y las cosas que sabe!

MARKO. -Sí, sí, mucho de escuelas y de libros. Pero la verdad es que ni sabe distinguir un fresno de un abedul, ni si va a haber tormenta, por el vuelo de las gaviotas, ni cuánto falta para la noche, por la inclinación de la hierba. Para averiguar la hora tiene que echar mano al reloj. ¡Y eso es saber! El que lo sabe es el reloj.

(Llega Estela, fresca de campo. Trae al brazo un cestillo cubierto de hojas.)

ABUELA, MARKO y ESTELA

ESTELA. -El sol después de tanto tiempo, aturde como si bajara dando trallazos por el pinar.

ABUELA. -¿Sola...?

ESTELA. -Ricardo viene en seguida. Tenía que bajar al puerto.

ABUELA. -¿Qué traes ahí?

ESTELA. -Arándanos.

ABUELA. -¿Le gustaron a Ricardo?

ESTELA. -¿Y cuándo has visto algo que no le guste aquí? Si hasta la primera vez que vio un arco-iris de noche creía que era un milagro. Y ahora, comiendo los arándanos, se reía con toda la cara morada chorreando el jugo, como los chicos. *(Deja el cestillo. Se vuelve a Tío Marko.)* Baja al puerto con él; puede necesitarte.

MARKO. -Voy... *(Desde la puerta.)* Una pregunta, Estela. ¿Sabía el señor Jordán lo que son arándanos?

ESTELA. -No. ¿Por qué?

MARKO *(Mirando satisfecho a la abuela).* -Nada. Curiosidad. *(Sale.)*

ESTELA y ABUELA

ABUELA. -¿A qué bajó tan pronto?

ESTELA. -A arreglar el pasaje y a decirle adiós a los amigos. Ya empieza la despedida.

ABUELA. -La gente debía llegar siempre. No debía irse nunca.

ESTELA. -Tenía que ser así. Ya lo sabías desde el primer día. Ya te acostumbrarás otra vez. Dos semanas no es tiempo para cambiar una vida.

ABUELA. -Vas a decirme que tú estás muy contenta, ¿no?

ESTELA. -Siempre dejan tristeza los barcos que se van. *(Nerviosa)* La vida de Ricardo está allá; la nuestra aquí. Es lo mejor para todos. Ojalá hubiera seguido viaje aquella misma noche.

ABUELA. -¿Tienes algo contra él?

ESTELA. -Lo tengo contra mí, que es peor. Ya no puedo pensar tranquila en nada ni tener el pulso quieto. ¡No quiero seguir así! Necesito volver a estar en paz conmigo misma. Y no soy yo sola la que lo siente así. Cuando estamos juntos hay una falsa alegría, pero tampoco él tiene tranquilidad, como si algo le remordiera por dentro.

ABUELA. -No irás a pensar que está ocultando alguna mala intención. Ricardo es un hombre correcto; un verdadero amigo para ti.

ESTELA. -No, abuela; siempre hay algo oscuro entre los dos.

ABUELA. -Nunca me lo habías dicho.

ESTELA. -Hoy mismo cuando nos reíamos buscando arándanos, nos tropezamos las manos sin querer, y de repente los dos quedamos callados, sin mirarnos... Yo si sé por qué no me atrevía a levantar los ojos. ¿Pero él...?

ABUELA. -Siendo así, quizá tengas razón tú. Lo que no puede seguir, más vale terminarlo a tiempo.

ESTELA. -Gracias. Es lo que esperaba oír de ti. (Respira aliviada. Pausa.) ¿La ropa está preparada?

ABUELA. -Arriba.

ESTELA. -¿Cerraste el equipaje?

ABUELA. -Para abrir equipajes, todo lo que quieras. Para cerrarlos, ya estoy muy vieja.

ESTELA (*Dirigiéndose a la escalera*). -Siempre fuiste la más joven de la casa; y la más fuerte. No se te vaya a olvidar a última hora. (*Sube.*)

ABUELA. -(*Queda sola. Rezonga mientras recoge el cestillo y los guisantes.*) ¿Pero no hay más remedio que despedirse?

(*Llega Ricardo. Detrás Tío Marko.*)

ABUELA, RICARDO, MARKO

RICARDO. -Salud, abuela. ¿Estaba hablando sola?

ABUELA. -Hay que ir acostumbrándose otra vez.

RICARDO. -Le tiene usted un verdadero miedo al silencio.

ABUELA. -Esa es la palabra: miedo. Y con razón. Siempre que hay un gran silencio, es que está el peligro en el aire. (*Ricardo contempla su barquito, alisándolo con la escofina.*) ¿Va a trabajar ahora?

RICARDO. -Me hubiera gustado dejarlo terminado; pero ya no hay tiempo.

ABUELA. -Con qué ganas ha tomado el trabajo. Como si no lo hubiera hecho nunca.

RICARDO. -Quizá sea eso.

MARKO. -¿De qué se ocupaba allá en su tierra?

RICARDO. -Jugaba a la Bolsa.

MARKO. -Ajá. (*Pequeña pausa.*) ¿Y después de jugar en qué trabajaba?

RICARDO. -La Bolsa no es un juego. Es un mercado.

MARKO. -¿Un mercado?

RICARDO. -Pero no como los de acá. Ustedes compran y venden las cosas. Nosotros, los nombres de las cosas.

MARKO. -No lo entiendo. Lo que me gustaría es que nos explicara usted la trampa.

RICARDO. -Aquí no hay trampa, tío Marko. Es decir... no sé...

ABUELA (*Recogiendo los vasos*). -¿Y esto es la Bolsa? Señor, señor, lo que inventa la gente cuando no tiene nada que hacer.

RICARDO. -Parece que no lo han tomado muy en serio.

ABUELA. -La falta de costumbre. Yo no sé cómo serán las cosas allá por el sur. (*Se oye la voz de Estela, que grita bajando la escalera.*)

ESTELA. -¡Abuela...! ¡Abuela...! ¿No oyen?

ABUELA. -¿Qué? (*Prestan atención. Estela abre la puerta. Se oye una campana aguda, insistente, tocando a rebato.*)

ESTELA. -Es la campana del faro. ¡Alguien está en peligro!

ABUELA. -¿En el mar? Imposible. Las barcas no salen hasta mañana.

ESTELA. -Puede ser una avalancha. O un incendio. Corra a ver, tío Marko.

ABUELA. -¿Este? Pues sí que nos íbamos a enterar de nada.

RICARDO. -Yo iré.

ABUELA. -Usted atienda a lo suyo, que ya va a caer el sol. ¡Vamos! *(Sale rápida con tío Marko. Estela escucha desde la puerta.)*

ESTELA y RICARDO

RICARDO. -Déjeme ir con ellos. Puedo hacer falta.

ESTELA *(Le detiene con el gesto. Imponiéndole silencio).* -Ya se oye más espaciada... Si era un aviso de peligro, pasó. Si fue una desgracia, no tiene remedio. *(Cierra la puerta.)* Era un día demasiado hermoso para terminar bien.

RICARDO. -Desde que estoy aquí no había visto otro más feliz. Parecía una fiesta, con todo el puerto blanco de velas y las redes brillantes de sal.

ESTELA. -Es el primer día de sol y están aparejando para salir. Mañana todas las barcas saldrán lejos. *(Baja la voz.)* Todas, menos una. *(Empieza a caer el sol.)*

RICARDO. -¿Qué puede haber ocurrido para que suene esa campana? No quisiera marchar sin saber qué fue.

ESTELA. -¿Tanto le interesa? Hace dos semanas esos hombres no eran nada para usted.

RICARDO. -Porque entonces no los conocía. El que me lo dijo lo sabía bien: "Para sufrir con el dolor ajeno, lo primero que hace falta es imaginación". Y no es que tengamos duro el corazón, no.

ESTELA. -¿No sabía eso antes?

RICARDO. -No. He necesitado llegar hasta aquí para aprender esta lección tan simple: que en la vida de un hombre está la vida de todos los hombres.

ESTELA *(Le mira con gratitud).* -Me gusta oírle hablar así. ¿Sabe lo que me parece a veces? Que usted ha nacido aquí, entre nosotros; que luego ha vivido lejos muchos años con la memoria perdida. Y que ahora está empezando otra vez a reconocer a los suyos.

RICARDO. -Ojalá fuera así. Poder sentir esta tierra como propia y vivir siempre en ella.

ESTELA. -No se deje engañar por la impresión de unos días. Usted ha vivido feliz dos semanas de vacaciones, pero no sabe lo que es un invierno de ocho meses.

RICARDO. -¿Por qué no habría de soportar yo lo que puede soportar una mujer?

ESTELA. -Yo, es distinto. Me acostumbré desde niña, y tengo una fe que me ayuda.

RICARDO. -¿Cuáles son las cosas en que usted cree?

ESTELA. -En realidad son muy pocas; pero esas pocas las siento muy hondo. Creo que la vida, aunque a veces amargue, es un deber. Creo que en la tierra y en el mar está todo lo que necesitamos. Y creo que Dios es bueno. Con eso me basta.

RICARDO. -Estela... (Le aprieta la mano sobre la mesa. Ha caído la tarde.)

ESTELA. -Es la hora de encender la lámpara... Como el día que usted llegó.

RICARDO. -¿Me permite que hoy la encienda yo?

ESTELA. -Gracias. (Ricardo enciende. Se oye la sirena del barco llamando. Ella se estremece, pero se domina.)

RICARDO. -Es el primer toque. Todavía hay tiempo.

ESTELA. -¡Tiempo de que! (Angustiada.) Váyase ya, Ricardo. Yo no sé despedirme.

RICARDO. -No es usted la que tiene que hablar. (Se acerca.) Vine desde lejos para decirle una cosa; sólo una... y cada vez que iba a decirla, un nudo de miedo y de vergüenza me apretaba la garganta.

ESTELA. -Si ha de ser triste, no la diga. Es mejor despedirse así, como amigos leales.

RICARDO. -No puedo callar más. Necesito decirlo y que usted me oiga.

ESTELA (Con miedo instintivo). -Hable.

RICARDO. -Se trata de la muerte de Peter. (Estela desvía los ojos.) Usted me lo dijo el primer día; aquella muerte no la quiso Dios. Pues bien, tenía razón, Estela. Fue un hombre el que lo hizo. ¡Y ese hombre está aquí!

ESTELA (Reacciona angustiada.) -¿Cómo lo ha descubierto' ¡Yo no he acusado a nadie! Aunque haya destrozado mi vida tiene que ser así... ¡Porque mi hermana y su hijo están entre los dos!

RICARDO. -¿Pero de quién está hablando?

ESTELA. -¡De Cristián!

RICARDO. -¿Sospecha de él?

ESTELA. -Ojalá no fuera más que una sospecha. ¡Pero no! Yo reconocí desde esa ventana su chaqueta de cuero.

FRIDA. -¡Estela...! ¡Estela...!

ESTELA (Sobrecogida). -¡Es Frida! Silencio... por favor... (Entra Frida. Trae un manto sobre los hombros y un farol que deja al paso. Se echa sollozando en brazos de la hermana.)

ESTELA, RICARDO, FRIDA

FRIDA. -¡Estela!

ESTELA. -¿Ha ocurrido algo en tu casa?

FRIDA. -¿No oíste la campana del faro? Cristián había salido a probar el timón nuevo; al doblar el acantilado, el viento lo arrastró y un golpe de mar le abrió el pecho.

ESTELA. -¿Y él... él...?

FRIDA. -Él sólo pronuncia un nombre: el tuyo. No puedes dejarle morir así. Cristián te está llamando. (Se deja caer en un asiento abrumada.)

ESTELA. -¿Conmigo...? (A Ricardo.) ¿Quiere dejarnos solas un momento?

RICARDO. -Perdón... (Sube.)

ESTELA *(Espera a que haya salido).* -¿Te das cuenta de lo que significa eso, Frida? Si Cristián se siente morir y me llama, sólo puede ser para decirme una cosa. *(Inclinada sobre su hombro, con la voz ahogada.)* ¿Es?

FRIDA. *(Vacila. Por fin afirma sin mirar.)* -¡Es!

ESTELA. -¿Te lo ha confesado a ti?

FRIDA. -No necesitaba decírmelo.

ESTELA. -Vuelve a su lado. Dile que yo ya lo sabía, y que seguiré callando. ¡Pero no me obligues a oírlo!

FRIDA. -Tienes que ser tú misma. ¿No comprendes que lo que siente Cristián no es el miedo a la muerte? Es otro miedo más hondo, que sólo una palabra es capaz de curar. Y esa palabra no puede decírsela nadie más que tú. ¡No se la niegues!

ESTELA. -Pobre Frida. No imaginaba que le querías tanto.

FRIDA. -Tampoco yo. Creí que esta verdad me separaría de él. Y precisamente ahora es cuando siento que le quiero más.

ESTELA -Le llevaré la única fuerza que puedo darle. ¡Vamos! *(Le echa el manto sobre los hombros, toma el farol y sale con ella.)*

FRIDA. -Gracias, Estela, gracias... *(Un momento la escena sola. Ricardo baja la escalera, mirando pensativo hacia la puerta.)*

RICARDO *(Repite confuso, como para sí mismo).* -Cristián... Cristián... ¿Será posible? *(Se dirige a la puerta en actitud de seguirlas. La luz pierde realidad visiblemente. Y vuelve a oírse la extraña música del primer acto. En el umbral del huerto aparece el Caballero de Negro.)*

RICARDO y el CABALLERO DE NEGRO

CABALLERO. -Buenas noches, Ricardo Jordán.

RICARDO. -¿Tú aquí? ¡Demasiado tarde para engañarme otra vez! Ahora ya sé la verdad. *(Avanza resuelto hacia él.)* ¿Por qué me hiciste creer que fui yo?

CABALLERO. -Ya te dije que se trataba de un experimento. Y hasta ahora no me ha salido del todo mal.

RICARDO. -No me importan tus experimentos. Lo único que está claro es que yo no maté. Todo fue obra tuya.

CABALLERO. -¿Mía? El que puede disponer de la vida y de la muerte, no soy yo. Es... el Otro. *(Señala vagamente.)*

RICARDO. -¿Quién lo mató, entonces?

CABALLERO. -¿No lo sabes ya? Cristián.

RICARDO. -¿Y si tú mismo lo confieras, qué vienes a buscar ahora? Yo estoy libre de culpa.

CABALLERO. -No has matado, de acuerdo. Pero has querido matar. Mi único mundo es el de la voluntad.

RICARDO. -Pero el mío es el de los hechos. Y por un mal pensamiento no hay ninguna ley ni tribunal de la tierra que pueda castigarme.

CABALLERO. -Tus manos no mataron porque Cristián se te adelantó un segundo. Pero es verdad que quisiste matar, ¿sí o no?

RICARDO. -Verdad.

CABALLERO. -Y el dinero que recibiste en cambio, fue de verdad. ¿Sí o no?

RICARDO. -Verdad.

CABALLERO. -¿Y el remordimiento que te asaltó después, y que ahora mismo te hizo llegar al borde de la confesión? Es asombrosa la cantidad de verdades que puede engendrar una mentira.

RICARDO. -Ahora comprendo. ¿Era ese tu experimento?

CABALLERO. -Sólo la primera parte: medir hasta dónde llega el poder creador de una idea. Pero queda una segunda parte más grave: el pago de la culpa.

RICARDO. -Estoy dispuesto a pagar.

CABALLERO. -¿Con qué? ¿Con unos golpecitos de pecho y unas lágrimas de arrepentimiento? No, hijo mío; es un truco viejo y demasiado fácil.

RICARDO. -Renuncio a todo lo que me diste. Llévate tu dinero sucio, hasta el último céntimo.

CABALLERO. -Tampoco basta. Ese ya hace tiempo que no te servía de nada.

RICARDO. -¿Qué pretendes entonces? ¿A qué vienes?

CABALLERO. -Simplemente a avisarte que tu contrato sigue en pie. *(Lo saca de su cartera.)* Aquí está firmada tu voluntad de crimen. Cuando llegue "la hora" yo presentaré esta cuenta.

RICARDO *(Piensa un momento).* -¿Qué dice ese contrato?

CABALLERO. -Pocas palabras, pero claras. "Ricardo Jordán se compromete a matar a un hombre."

RICARDO. -Sin sangre.

CABALLERO. -Sin sangre.

RICARDO. -Está bien. La mejor manera de liquidar un contrato es cumplirlo. He prometido matar y mataré.

CABALLERO *(Le mira sorprendido).* -¿A quién?

RICARDO. -Al mismo que firmó ese papel. ¿Recuerdas el día que llegaste a mi despacho? Allí encontraste a un cobarde dispuesto a cualquier crimen con tal de no presenciarlo. Contra ese estoy luchando desde que llegué aquí; contra ese lucharé ya toda mi vida. Y el día que no quede en mi alma ni un solo rastro de lo que fui, ese día Ricardo Jordán habrá matado a Ricardo Jordán. ¡Sin sangre! *(El diablo baja la cabeza confuso.)*

CABALLERO. -¿Quién te ha dado esa fuerza nueva? ¿Ella?

RICARDO. -Ella. Hasta que no conocí a Estela no supe de verdad lo que es una mujer.

CABALLERO. -El amor... Siempre es el que me hace perder. Toma tu contrato. Lástima... Era un lindo negocio.

RICARDO. -Pobre diablo. Te has quedado mustio, ¿eh?

CABALLERO *(Con una melancolía elegante).* -Oh, no tiene importancia. En una profesión tan difícil como la mía, imagínate si estaré acostumbrado al fracaso. *(Va lentamente hacia la puerta del huerto. Se detiene.)* Buenas noches, Ricardo... Anderson... *(Sale. Luz normal. Ricardo echa un vistazo al contrato, y lo tira arrugado sobre la mesa al sentir abrir la puerta. Vuelve Estela con la fatiga de quien ha cumplido un gran esfuerzo.)*

RICARDO y ESTELA

RICARDO. -¿Hay alguna esperanza?

ESTELA. -¡Quién puede saberlo! Ahora ya está tranquilo para esperarlo todo; la vida o la muerte. *(Se sienta pesadamente.)* ¡Nunca imaginé que una palabra sola tuviera tanta fuerza!

RICARDO. -¿Perdón?

ESTELA. -Perdón. Parece que no es nada, y ¡qué milagro lleva dentro! Creí que no iba a ser capaz de pronunciarla, y cuando se me cayó de los labios, yo misma me sentí más limpia, más fuerte, con todos los nudos sueltos. *(Se oye nuevamente el clamor de la sirena. Estela se levanta sobresaltada.)* La sirena otra vez. ¡Su barco está ya soltando amarras!

RICARDO. -¿Adónde voy a ir? Acabo de saber que he perdido toda mi fortuna. No tengo un país que me llame, ni un solo amigo que me espere.

ESTELA. -¡Pero su vida está allá!

RICARDO. -Escúcheme, Estela. Ahora soy un hombre sin más riqueza que las manos, como se viene al mundo. Déjeme trabajar a su lado.

ESTELA. -¿Aquí? *(Sin atreverse a creer.)* No se engañe a sí mismo. ¿Cree que podría acostumbrarse a esta pobreza?

RICARDO. -No hay nada que un hombre no sea capaz de hacer cuando una mujer le mira. ¿No lo sabe?

ESTELA. -Lo sé. Esa es su gran fuerza.

RICARDO. -La única fuerza que puede hacer salir al mar todas las barcas y plantar otra vez rosales en los huertos. *(Le tiende las manos.)* Estela... Tiene heladas las manos; está temblando.

ESTELA. -No es nada. Encenderemos juntos el fuego. *(Viendo el contrato sobre la mesa.)* ¿Le sirve ese papel?

RICARDO. -No. Ya no.

ESTELA. -Gracias. *(Lo prende en el farol y se arrodilla a encender el fuego. Ricardo se inclina junto a ella. Se oyen tres toques largos de sirena. Es el barco que se va.)*

Telón

